

Diego Muñoz

Niña de color



UN lejano tambor de guerra partió del horizonte y fué acercándose a la ciudad. Pronto se precisó un caer de tablas que se torturaban unas tras otras y, por fin, apenas transcurridos diez minutos, los fognazos del cielo embravecido y el estruendo de la tempestad estaban sobre las casas, sobre la cabeza misma de los habitantes. El cielo no podía ya contenerse más y descargó un derrumbe de aguas inagotables.

Por momentos la techumbre parecía vacilar bajo el peso de la lluvia que caía sin viento, sin brisa, abandonada a su propia gravedad.

Sobre el lecho rodeado de un velo sutilísimo, que impedía la entrada de los mosquitos, dormitaba Juan Villada, desnudo de cintura arriba. Sobre su rostro, el de Benita; cabellos de sortijas negras y pestañas cargadas de pasión y pereza. El rostro pardo, de suavísima piel brillante, enrojecía ligeramente hacia las mejillas.

Un violento trueno de la tempestad entreabrió los

ojos del hombre. Sudaba su pecho. Hacía un calor sofocante.

La muchacha descorrió sus dientes blancos en una leve sonrisa.

—¿Tienes calor, Don?

Juan Villada, respiró hondo y dejó escapar, en seguida, el aire comprimido en su pecho.

—Fff...

Ella cogió el abanico de palma y comenzó a darle aire suavemente.

Juan Villada entresonaba bajo la protección del calor y el ruido de la lluvia.

El barrio estaba casi inundado ya. Antes de dos horas los vecinos tendrían que atravesar la calle en viejas canoas; por la noche estaría todo seco otra vez. Entretanto, los pilluelos jugaban y hacían algazara, bañándose bajo la lluvia misma o en las cascadas de los desagües rotos. Los pequeños, enteramente desnudos; las niñas, con camión de tela blanca que se adhería a las formas nacientes. Allí había jugado también Benita, hasta que sus senos despertaron el deseo de la calle, con su inocente exhibición.

Trece años, entonces; ahora, dos más. Dos años que la habían moldeado con una precisión misteriosa y sabia, recorriéndola con ansiedad y codicia.

Juan Villada había agotado su pasión con Alicia. Llegó a sufrir, aún, su presencia en compañía de otros. Dos veces cada día pasaba frente a su ventana, en el barrio alto. El no podía resistir al deseo de verla ale-

jarse. Alguna tarde ella volvía la cara y sonreía con burla, talvez. Juan Villada tomaba paleta y pinceles y embadurnaba rabiosamente sus telas. Sin embargo, en un sitio preferido, el rostro de Alicia le miraba sobre un fondo de flores inmensas. No. No lo obsequiaría nunca. Era ella, era su presencia, la proximidad de su vida.

Comenzó a trabajar con una pasión absurda, que lo abandonaba sólo por la noche. Entonces se estrellaban los vasos y saltaba al aire una música blanda o diabólica y venían brazos desnudos, ojos desfallecientes, luces de colores irritantes y perfumes entregados en la emanación de la pereza y de la media muerte; del instante brevísimo.

Pero Juan Villada se aburría, y entraba en su cuerpo (no era ilusión), entraba exactamente en su cuerpo un odio que barría cosas y personas cercanas, como un torbellino rojo.

Volvía al taller, lejos ya de las noches, y un aliento jovial intentaba levantarlo del suelo, mientras Corina, desnuda sobre el grueso tapiz, amenizaba su trabajo con chismes interminables, nuevos cada día, risillas burlescas, revelaciones de secretos de las más altas gentes y comentarios de la vecindad. A cada rato debía contenerla.

—No te muevas.

Entonces contestaba ella y hablaba sin tino ni medida, incansable y nerviosa.

Sin dejarlo ver, Juan se regocijaba en su interior,

pero sentía, al mismo tiempo, deseos de atormentarla sin odio, casi con ternura.

A esa hora pasaba Alicia con el otro.

Villada acabó, a poco, por no mirarla siquiera.

Era muy bonita. Sí, efectivamente.

Juan Villada buscó modelos negros. De la noche sacó dos. En el taller, de día, resultaron absurdas. Bebió con ellas. No hizo nada.

Descubrió, entonces, la algazara de los chiquillos que jugaban bajo la lluvia en el barrio bajo. Había de todo; rubios, trigueños, negros. Los camisones se pegaban a los muslos, a los senos apenas nacientes. Los cuerpecillos desnudos parecían de vidrio obscuro.

Buscaba modelos negros.

Alberto Hermosilla lo llevó a la casa de la mujer que lo había criado.

—¡Ay, mi alma!—clamó doña Ambrosia.

Rápidamente alzó su delantal rojo, limpió con él la boca, se restregó las manos y abrazó al que había cuidado de pequeñito.

La voz de la opulenta negra subía y bajaba de tono y sus dientes no cesaban de mostrarse como el mecanismo de un muñeco de propaganda.

A la cabecera del lecho, dentro del blanquísimo mosquitero, un Cristo de estaño reclinaba la cabeza perezosamente sobre un hombro, como rendido por el calor pesado del ambiente.

Entró Segunda, reidora y alta; en seguida, Benita. Juan Villada se encontró de pronto ante dos ojos que

le quemaron las entrañas, dos ojos como un látigo que restalló, lento y ardiente, sobre su piel. Fué un instante apenas, pero he aquí que esta sensación se eternizaba con un calor inextinguible, cada vez renovado.

El delantal de la madre era rojo como las amapolas; las dos hijas vestían azul con grandes lunares blancos.

La cerveza helada mojó alegremente la charla con su espuma liviana. Los dientes de las mujeres se descubrían en todos los ángulos de visión y las palmas rosadas de las manos se elevaban de pronto y se echaban atrás en una carcajada que estremecía los senos sombreados enérgicamente en la tela azul.

Al anochecer, en uno de los departamentos vecinos, otros negros danzaban y cantaban al son de guitarras. Todas las puertas vomitaban luces intensas o débiles. Los chiquillos reían aún en los patios. Un hidroavión del correo aéreo alemán llegaba, junto con la noche, al puerto.

Volviéron varias veces en los días siguientes. Doña Ambrosia reía con risa llena; las hijas aligeraban cada vez más sus movimientos con la soltura que acopia la familiaridad. Por fin, Juan Villada dejó de ser un blanco como cualquiera otro. Ciertamente, no se burlaba de la raza negra. Ellas lo comprendieron muy bien.

Por aquel tiempo llegó La Cubana. Bailaba rumba en los teatros y había traído un timbalero negro que por momentos parecía romper los sonoros tímpanos de su instrumento con un entusiasmo frenético. La Cubana giraba sus grandes ojos y ondulaba su cuerpo con blandos

movimientos de fiebre; a veces, con repentinos estremecimientos, que debían venir de un lejano terror de selva africana.

Juan Villada la conoció, se anudó a ella, la vió temblar con ojos muertos cuando las palabras se detienen en un murmullo de los labios. Y persiguió después su espectáculo con las dos hermanas. Desde lo alto de un teatro, los ojos hechizados de Benita la vieron mover su rumba palpitante y escuchó su voz pastosa y como lejana, pero de pronto viva y abierta.

Se fué La Cubana, pero quedó su rostro grabado en una fotografía, sobre la cual su letra tortuosa escribió algunas palabras de amor. Benita miró con desconcierto a Juan Villada. ¿Lo había amado La Cubana? Lo había besado, entonces; lo había tenido en sus brazos, toda ella entregada a la voluntad de este hombre, cuya respiración escuchaba muy de cerca. Entregada como podía entregarse también ella. ¿Lo había amado una mujer de su color! ¿Qué atracción misteriosa ejercía este hombre blanco? Sí; era verdad. No se burlaba.

Sus pestañas se cargaron en un abandono apasionado. El pesado látigo de fuego restalló lentamente sobre las sienes de Juan Villada. Dos brazos fuertes avanzaron como reptiles hacia la espalda de la muchacha anhelante; algo se mantenía aún con una última fuerza, pero sobrevino la caída, ya sin defensa alguna. Los labios de la niña se abrieron como en un trance místico y la boca de Juan Villada penetró en ellos con un fuego misterioso y adormecedor.

Sobre la espalda del hombre, una mano pequeña se abrió con leve estremecimiento. La Cubana cayó al suelo con ruido de cartulina.

Un instante después Benita echó atrás la cabeza para mirarlo. Brillaban sus dientes blanquísimos. Sonreía. Había nacido en ella la fe. Una fe grande como el mundo. Sin temor, sin inquietud, sin exigencias. Un dios acababa de revelarse a sus entrañas. Lo esperaba, lo amaba, lo necesitaba.

—¿Tú no me burlas, tú?

Juan Villada la estrechó sin palabras.

Ella, entonces, anudó sus manos en el cuello del hombre y se escurrió con lentitud hacia abajo, rozando su cuerpo hasta soltarse, por fin. Quedó tendida en el suelo, boca arriba, riendo y mirándolo con una mirada eterna.

* * *

Juan Villada comenzó a trabajar sin descanso, como si fuese primera vez en su vida que tomaba los pinceles. Un color de tabaco, entre pardo y aceitunado, llenaba las telas. Benita se inmovilizó sobre los baúles, en la pared, en los rincones. Su rostro de anatomía blanca y color mulato había sido tomado copiosamente en su gracia casi infantil.

Si Juan Villada reposaba, el gramófono comenzaba a sonar.

—¿Bailo, Don?

—Baila.

El ritmo lento de la rumba cogía a la muchacha, se adhería a su cuerpo y ondulaba por dentro de él con una sabiduría deliciosa y desconcertante.

La gracia instintiva de los movimientos, cuyo modelo estaba todavía fresco en el recuerdo, hacía reír y cautivaba. El rostro femenino se acercaba, entonces, hasta llegar a los ojos, y la boca hablaba sobre la otra boca.

—Desnuda, ¿quieres?

Riendo traviesamente echaba en un instante sus ropas sobre el diván y continuaba la danza. Después se iba a la ducha y volvía brillante como una estatua de vidrio. Se tendía a su lado, le encendía un cigarrillo, le daba aire con un abanico de palma seca.

—Háblame de tu país, Don.

Un país frío invadía la habitación. Un país de largos caminos, donde la lluvia helaba los huesos. Se encendían estufas en las casas; el aliento era blanco y visible; caía la nieve. ¿Qué era la nieve? Plumillas de hielo cayendo blandamente sobre la tierra. Pronto las calles estaban blancas; los techos, los árboles, los campos, blancos. El frío era cada vez más intenso. Pero después venía el sol; las ramas desnudas de los cerezos y de los duraznos se cubrían una mañana de flores rosadas como el crepúsculo, o blancas como la nieve. Y luego ardían los campos bajo un sol de bendición que maduraba la siembra. Se movían trenes interminables que rodaban hacia los puertos de embarque. De pronto, un viento de muerte echaba a volar las hojas amarillas de los árboles. Las ramas desnudas se tendían hacia el

cielo como manos desesperadas. Las playas, cuyas arenas de oro invadía una multitud densa y coloreada con una fantasía maravillosa, quedaban desiertas. Se levantaba furiosamente el mar y azotaba las naves contra las rocas. La nieve caía otra vez.

Benita escudriñaba sus ojos. No; no podía engañarla. Todo eso era verdad. Entonces desviaba sus pupilas negras hacia una distancia que atravesaba murallas y pensaba, sentía, imaginaba candorosamente.

El frío dolía; sí, dolía. No era necesario explicarlo.

—¿Y tú vas a volver allá, Don?

—Sí.

—¿Cuándo vas a volver, Don?

—Quién sabe

Ella veía, entonces, una multitud de gente pobre y negros que luchaban a machetazos, derramando sangre en aquel lejano país. La revolución.

—¿Hay morenos allá, Don?

—No, no hay. El frío no los deja vivir.

Entonces eran todos blancos los que luchaban. Quién sabe si tampoco eran pobres

Benita sentía la felicidad de su propia ignorancia. Hubiera deseado no saber nada para que Juan le enseñase punto por punto todo lo que debía conocer.

Cansada del estuerzo que hacía para imaginar lo que él describía sólo con palabras, lo abrazaba con deseos de hundirse en él.

—Quiéreme, quiéreme, Don.

Su piel de obscura seda ardía sobre el diván. Habló al oído del hombre.

—No—dijo él—no, no. Engordarás como un puerco.

—Pero es que a todas les ocurre lo mismo, Don.

—Eso te digo.

—¿Y entonces?—se puso de pie.

—Entonces, yo no quiero que eso ocurra contigo. Amo tu cuerpo como es ahora.

—¿Verdad?

Un movimiento de alga nació en sus pies, avanzó por sus piernas y sus muslos y se hinchó en las caderas, estremeció el vientre y los senos y, luego de pasar por el cuello, se desvaneció en graciosa inclinación de cabeza. Reidora por un instante solamente, puesto que hallaba insatisfecha su alma.

Benita soñaba con un niño blanco como la nieve; quería sentirlo en sus entrañas y llorar. Tenerlo en sus brazos, verlo reír, protegerlo, darle su vida.

Cuando cerraba los ojos y se sentía morir, murmuraba como una oración: «yo quiero, yo quiero», hasta que su cuello, sin fuerzas ya, abandonaba la cabeza hacia un lado. Huía del mundo, se sumergía en una región sin consciencia, en un país de dulce fatiga. Regresaba al lado de Juan Villada sólo para abrir los ojos y sonreírle.

—Te amo, Don. ¡Te amo!

Alicia pasó un día frente a la ventana del hombre. Iba sola esta vez. Quiso saludarla, pero ella volvió el rostro con ostensible repugnancia.

Ah, ya lo sabía todo. Era un hombre despreciable. Por cierto que él había deseado serlo. Benita le acompañaba a todas partes. Reía con ella. Un hombre blanco y una mujer mulata.

El traje levísimo de Alicia se perdió hacia el fondo de la calle.

Juan Villada volvió la cabeza y estableció su mirada en un sitio de la muralla, sobre un rostro blanco pintado entre grandes flores. La miraba con permanencia.

De pronto habló Benita.

—La he visto ya, Don. La conozco. Es muy bonita, ¿verdad?

Villada se volvió a ella. La muchacha miraba sonriendo con un sentimiento impreciso.

—La quieres, Don

—No la quiero ya. Tú lo sabes.

—Sí, Don. Yo te quiero.

Arreglaron el pequeño equipaje y fueron a los muelles menores. El negro Felipe y su hijo esperaban en la balandra.

—Ha traído música—dijo Benita, con ojos brillantes y vivos—¡Verás como voy a bailar, Felipe!

El negro miró con ternura al blanco y rió como si lo viese hacer una chusca travesura.

—¡Ay, don Juan!—sacudió un brazo en el aire.

Quitó las amarras en un minuto. El niño izó el trinquete, Felipe alzó en seguida su pierna derecha y, apoyando el pie desnudo contra el mástil, empezó a levantar la vela. La pequeña embarcación abandonó suave-

mente el muelle y, luego de hinchar su lona con un golpe de buen viento, tomó rumbo hacia la desembocadura, río adentro.

Juan Villada se fué al timón, desnudó su pecho y respiró profundamente. Benita abrió el gramófono y se puso a cantar ante el negro, que reía con prudente felicidad sentado en la borda.

Durante una semana vivieron en una choza, mientras Felipe picaba la leña de su comercio. Una semana de aire, agua y libertad. Por las noches el asado desprendía humo hacia la luna maravillosa, en tanto que Benita cantaba sobre la música de una orquesta invisible en el disco. Cantaba con voz libre de toda educación, a veces con un tono que era casi alarido, a veces con una nota que se perdía por su garganta hacia adentro. Sonido de su ser; sonido de carne.

Por la mañana, mientras pintaba Juan Villada, la muchacha mordía con sus jóvenes dientes un trozo blanco y jugoso de caña de azúcar, destrozándolo con deleite pueril. Si él la miraba, la caña caía sobre la falda azul y brillaban los ojos y la blanca dentadura.

—¿De verdad que tú no comes, Don?

—No, Benita.

Juan Villada se sentía feliz de tener que responder a cada instante a tantas preguntas.

• • •

Las velas se irguieron otra vez, hinchadas como un pecho de paloma, y una tarde fresca, bajo el cielo rojo

y amarillo de los trópicos, la pequeña nave entró al puerto con una gran carga de leña rosada.

Juan Villada echó al diván su regreso fatigado y cerró los ojos. Benita llegó muy pronto y vació sobre el hombre su delantal cargado de naranjas olorosas.

—Te quiero, Don. ¡Te quiero siempre!

Tomó asiento a su lado y se echó en seguida sobre él, como sobre una tierra húmeda, espesa de vegetales.

Una mano lenta penetró por su espalda hasta la cintura. El olor de la raza era en ella como el de un viejo barco abandonado, donde hubo cargamentos y ahora no; donde hubo marineros y gentes de diversos países; donde hubo sudores de faenas y de amor sin inquietudes.

* * *

—Alicia quiere hablar contigo—dijo Hermosilla.

—No lo creo.

—Ella me lo ha dicho.

—Será para burlarse otra vez.

—No me parece, Juan.

Los pinceles trabajaban una fruta.

—¿Qué le digo?

—Nada.

—Eres absurdo. O tal vez... ¿Benita?

—Sí: eso. Para mí, ¿qué mas da? Es buena y me pertenece. No se ha detenido ante nada. Vive conmigo. Me quiere y lo dice a todo el mundo. A mí, ¿qué me importa todo? Vivo tranquilo, hago lo que me vie-

ne en ganas y trabajo. Antes no lo hacía. ¿Qué es negra? Tanto mejor. Eso mismo es lo que yo quiero, precisamente—dejó los pinceles—. Quiere hablar conmigo. ¡Yo no quiero!

Hermosilla se movió hacia dentro del taller.

—No puedes negar que la quieres. Te irritas por despecho.

—Piensa lo que quieras; lo único que tendré que lamentar un día será separarme de Benita. La quiero, me hace falta, la necesito. Me basta y completa mi vida.

Hermosilla se tendió en el diván.

—¿Comerás con nosotros esta noche?—preguntó.

—Sí.

A media noche todos reían. La cerveza helada se renovaba a cada instante.

—¿Verdad que Benita baila?—preguntó Camila.

—Benita baila desnuda—afirmó Juan Villada.

—¡Oh! . . .—hicieron las mujeres.

Benita acercó su rostro sonriendo.

—¿Quieres, Don? ¿Verdad?

Ya sonaba la rumba en el disco.

La muchachas se estrecharon contra los hombres. Los hombres afectaron indiferencia.

Algo palpitaba allí.

Benita se despojaba alegremente de sus ropas.

* * *

Después el carnaval, los viajes en balandra, la feria de verano, las noches de fiesta en que Benita rendía sus

gracias de niña en formas de mujer. Y la intimidad larga de satisfacción y de amor.

Por fin llegaron los días que no pueden evitarse, los que no se detienen.

El lejano país donde caía la nieve del invierno y florecían los cerezos de primavera, donde la cosecha era arrastrada por trenes interminables hasta los grandes barcos del mar; donde el viento amarillo echaba a volar las hojas como pájaros de espanto; el país del hombre que volcaba su aliento sobre el mecanismo admirable y joven de Benita, lo atrajo como una marejada creciente.

La lucha había terminado con el triunfo; podía volver. Un azotar de banderas de viento lo llamaba desde el lejano país de cuatro colores.

* * *

La tempestad pesaba sobre los techos.

A los fogonazos gigantescos del cielo embravecido sucedía un formidable derrumbe de tablas que caían torturándose unas tras otras, como una cólera amenazante y grandiosa.

Las aguas caían con pesadumbre de plomo, sin viento, sin brisa; un calor húmedo inundaba las casas, los objetos, los cuerpos.

Sobre el lecho rodeado de un velo sutilísimo dormitaba Juan Villada, desnudo de cintura arriba. Quería dormitar, quería olvidar. Sobre su rostro, el de Be-

nita; sus cabellos ensortijados, sus pestañas cargadas de pasión.

—¿Tienes calor, Don?

—No, Benita.

No quería tener calor.

—¿Te enciendo un cigarrillo?

—Sí, Benita, sí.

Dentro de poco nadie haría estas preguntas. Nunca más escucharía esas palabras, esa voz de franela.

—¿Por qué no eres como antes, Don? Parece como si ya te hubieras ido.

—Es que sufro, Benita.

—¿Te duele?

—Me duele dejarte.

—Pero vas a volver ¿tú?

Juan Villada pasó sus manos bajo la cabeza.

—Sí, Benita—bajó la voz—, voy a volver.

—Yo te creo, te creo, Don. ¿Por qué no somos como antes, entonces?

Ah, también ella.

El calor húmedo adormecía, pesaba, hacía callar. La tristeza rodaba sin dirección ni forma.

—Don ¿te duermes?

—No, Benita. Háblame.

¿Qué decía esa voz, cuyas palabras hundían su significación para no turbar la imagen de un tiempo caído? Voz de niña que súbitamente dejaba de ser niña. Voz ya oída, ya escuchada, ya muerta.

Los dos se unieron lentamente, como dos grandes nubes en lo alto del cielo.

• • •

Juan Villada apoyó su pecho sobre la baranda de popa. Al otro extremo del barco los eslabones del ancla daban las últimas dentelladas rabiosas sobre el acero, arrastrándose hacia el pesado vientre mecánico. Bajo la popa, las hélices torturaban el agua con golpes de bestia marina.

La ciudad se alejaba ante los ojos del hombre. Una falda azul había vaciado naranjas sobre su valija. Naranjas, cigarrillos y lágrimas. El hombre había tendido sus manos a la percha.

—¡No, eso no, Don!

Ella lo separó. Su angustia. Su ruego.

—Sí, Benita. Comprendo.

Un sombrero y un saco colgaban de la percha. Se quedarían allí esperando también el regreso imposible.

Ah, desdicha. Aquella era una faena dura, lenta, pesada. El viaje ya presente, ya irremediable. El echar objetos a la valija, como tierra a una tumba.

—¡Te vas, Don! ¿Cuándo volverás? ¿No puedo ir yo también? ¿No te haré falta?

—Sí, Benita, sí, ciertamente.

—¿Allá te esperan, Don? ¿Te llaman? Tú has dicho que volverás, Don. Recuérdalo.

Cada palabra entraba y no salía más.

• • •

Una pequeña barca se acercaba a la nave. Una pequeña barca alcanzó a la gran nave. Felipe se agarraba gallardamente al timón como a un viejo recuerdo de mocedad. Benita apretaba un pañuelo contra su pecho. Arriba, en la baranda de popa, Juan Villada apretaba sus recuerdos cada vez más vivos, salía de sí, se destruía a sí mismo con esfuerzo desesperado y áspero.

Las hélices batían el torbellino de agua con golpes cada vez más recios. Esa fuerza helada que pone distancias y separa sin prisa, sin odio, sin turbación, quitó impulso a la pequeña barca y lo dió a la nave que partía hacia el horizonte.

Benita tendió los brazos como si hubiera querido aprisionar el vuelo de su ansiedad incontenible.

La distancia era ya de aquellas en que se gritan palabras del todo inútiles. Palabras que caen al mar en pleno vuelo, como pájaros heridos de muerte.

Benita miró al cielo en todas direcciones, hacia la región de los astros, hacia el espacio frecuentado por las gaviotas y rió como niña bajo una lágrima de mujer. De prisa se acercó, entonces, al timón, sin apartar los ojos del barco ya lejano.

—¡Toca mi vientre, Felipillo, toca mi vientre!

El viejo palpó con mano de superstición y respeto.

—¡Es de él, es de él! ¡Es mío!

Sí. Don volvería pequeñito, obediente, lindo como un fruto tierno. Dulce, reidor y gozoso.

(Del libro «Malditas cosas» próximo a aparecer)